

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS,

POR

D. Eusebio Planas.

Entregas 3, 4, 5, 6, 7 y 8.

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, núm. 14.

1872.

Cuaderno segundo de seis entregas.

L47
2218

EL MANUSCRITO

DE

UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

DE

ENRIQUE PEREZ ESCRIBANA

ILUSTRADA CON LÁMINAS TRAZADAS A PARTIR DE DIBUJOS

DE

D. Eusebio Pizanos.

Entregas 1.ª, 2.ª, 3.ª, 4.ª, 5.ª, 6.ª, 7.ª y 8.ª

MADRID.

ROSA ASTOR Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Bellas, núm. 14.

1872.

Cada uno segundo de seis entregas.

el cofrecillo encontrará todo cuanto se necesita para asegurar el porvenir de ese pobre huérfano á quien amo con toda mi alma, y por quien voy á suplicar á ese Dios poderoso é infinito que dentro de poco juzgará mis actos en este valle de miserias y penalidades.

—Sé lo que debo hacer, señora, contestó el doctor enjugándose una lágrima; cumpliré con mi deber; ni las amenazas, ni las dádivas me harán retroceder un paso en el camino de las reparaciones, y confío en Dios que muy pronto sobre la frente de Daniel brillarán con todo esplendor los rayos de la justicia.

Luego de esto, añadió Bonifacio, la señora suplicó al médico que le quitara del cuello un cordon del que pendia un retrato; guardó este en el cofrecillo, y se lo entregó á D. Samuel.

Despues, transcurrieron algunos minutos durante los cuales la enferma hablaba con voz tan débil, que yo no pude oir nada.

Media hora mas tarde comenzó la agonía; el médico dejó su vez al sacerdote, y á las nueve en el momento que la campana del reloj del pueblo enviaba al espacio su último eco, los ojos de doña Ángela se cerraron para no abrirse jamás.

—¿Pero no te fué fácil apoderarte del cofrecillo?

—No, es decir, á menos de no arrebatárselo al médico, que no le abandonó de las manos ni un solo momento. Yo le ví salir de la casa poco despues con el cofrecillo debajo del brazo; hubiera podido esperarle y darle un golpe para robársele, pero como usted debia venir

esta noche, me dije: para eso siempre hay tiempo.

—¿Y qué intentas hacer?

—Todo, con tal de conseguir nuestro objeto.

—Sí, dices bien, es preciso que esos papeles vayan á manos del general.

—El médico vive en la última casa del pueblo, cerca de la ermita; su despacho y dormitorio, situado en el piso bajo, tiene una gran ventana que da á un pequeño jardín: es un hombre escesivamente confiado... no teme nada, sin duda porque sabe se le quiere mucho en el pueblo. Como durante la larga enfermedad de doña Ángela nos hemos visto en la precision de llamarle á las altas horas de la noche, el médico nos dejó la llave de la puerta del jardín, avisándonos que la ventana de su despacho se hallaria siempre entornada con el objeto de que se le llamara por allí.

—¿Y esa llave...? preguntó con interés Santiago.

—Esa llave, contestó sonriéndose Bonifacio, la tengo yo en el bolsillo.

—Veo que eres un hombre precavido.

—Debo tantos favores al general...

—Seria conveniente no perder tiempo.

—Tenemos toda la noche por nuestra, y supongo que nos bastarán algunos minutos para terminar el negocio.

—¿Pero y si la ventana estuviera cerrada?

—Llamaremos.

—Y ¿abrirá?

—Quien lo duda, un médico como D. Samuel Fuente, abre siempre, porque siempre se halla dispuesto á

prestar los auxilios de su ciencia al que los necesita.

—Pero si nos conoce...

—Para evitar ese peligro nada mas fácil que cubrirse la cara con un antifaz.

Y Bonifacio, abriendo uno de los cajones de la cómoda, sacó dos pedazos de tela negra en forma de careta, que puso sobre la mesa, añadiendo:

—Si no accede á buenas á nuestras peticiones, se le ata á los piés de la cama y se le pone un pañuelo en la boca para que no grite.

—Ó se le mata para que no hable, añadió Santiago despidiendo una mirada siniestra.

—No, matarle, no; solamente en un caso desesperado, repuso Bonifacio con alguna repugnancia.

—Ten en cuenta que ese hombre posee un secreto, y ese secreto tiene suspendida sobre su cabeza una sentencia de muerte.

—En fin, allá veremos.

—Se me ocurre una duda.

—¿Cuál?

—¿Vive solo el médico?

—Solo con una pobre vieja que es su ama de gobierno.

—Pero esa vieja...

—¡Bah! La pobre duerme en el piso alto de la casa, bastante lejos de la habitacion de su amo, y no debe inspirarnos ningun recelo.

En este momento el reloj del pueblo dió las doce de la noche.

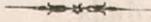
Bonifacio se guardó en el bolsillo los antifaces, unas

cuerdas y un par de pistolas; se puso un capote de monte y dijo:

—Antes de una hora, habremos terminado este asunto; vamos.

—Santiago cogió su capote y se lo puso.

Poco despues, aquellos dos hombres, silenciosos como el crimen, se dirigian por una empinada calle hácia la casa del doctor Samuel.



CAPÍTULO II.

Una tarde de otoño.

El lector nos permitirá que dejemos caminando entre la sombra de la noche á los dos personajes que abren la marcha de la presente historia, y retrocediendo algunas horas, le conduzcamos á una habitacion en donde el invisible ángel de la muerte agita sus impalpables alas.

Sentada en un cómodo y antiguo sillón de baqueta se halla una señora cuyo rostro, extremadamente pálido, hace resaltar la negra bata con que cubre su débil y demacrado cuerpo.

Esta señora, á quien conoceremos con el nombre de Ángela, y en cuya hermosa y pálida fisonomía comienza á verse el sello de la muerte, dirige á través de los cristales de una ventana que da al campo, una de esas miradas llenas de ternura y de dulce é infinita vaguedad tan peculiares á los séres desgraciados.

La edad del personaje que nos ocupa frisaba en los cuarenta y cinco años, y bastaba fijar una mirada en aquel rostro padecido y moribundo, para comprender los tesoros de belleza que habia reunido en la edad de la juventud y de las ilusiones.

Cerca de la enferma, y apoyada la espalda en la ventana, se hallaba un anciano de sesenta años, con el

cabello blanco. Vestía un largo leviton de paño de color de aceituna y de hechura bastante anticuada. Su semblante, dotado de ese color sano que demuestra una vejez fresca, tenía todas las líneas, todos los contornos de que se sirve el arte para presentarnos la bondad y la nobleza. Su frente despejada y surcada en toda su longitud por una profunda arruga, tenía la majestad del estudio y de la ciencia, y sus ojos, grandes, expresivos, llenos de fuego, se fijaban de un modo profundamente doloroso en el pálido y demacrado semblante de la enferma.

Este hombre se llamaba Samuel Fuentes y era médico del pueblo, pero no uno de esos médicos rutinarios y que se encierran en el reducido círculo de una docena de medicamentos para curar todas las enfermedades, sino un verdadero hombre de ciencia, que después de recorrer el mundo, convencido de que las penalidades de la criatura no tienen fin, se encoge de hombros y buscando una pequeña localidad donde terminar sus días, acaba por decir: «en todas partes puede removerse la tierra para enterrar un cadáver; muramos aquí; es igual.»

Por eso, sin duda, el doctor Samuel había elegido el pequeño pueblo de Horche para terminar sus días.

—Querido doctor, dijo la enferma, con débil acento después de una pausa, sería inútil que usted tratara de engañarme; yo siento circular por mis venas el frío de la muerte... ¿Vé usted esas amarillentas hojas que comienzan á desprenderse de los árboles como una lluvia

de oro? ellas me dicen que la mano del Eterno borrará muy pronto mi nombre del gran libro de los vivos. Ese hermoso sol de la tarde que penetra á través de los cristales de mi ventana, ese sol que tantas alegrías y tantas amarguras ha alumbrado, ese sol que lo embellece y lo vivifica todo, será el último de mi vida.

—Vamos, vamos, señora, esto no se puede sufrir, repuso el doctor Samuel haciendo un gesto de disgusto; yo entro siempre en esta casa con la sonrisa en los labios y salgo con las lágrimas en los ojos; y esta sensibilidad, impropia de un médico, no me la esplico.

—Yo sí, doctor, añadió la enferma dirigiendo una sonrisa á su amigo. Usted tiene un corazon de oro, y como no ignora que estoy sentenciada á muerte, cuando viene á verme se dice: «entraré sonriéndome para que la pobre Ángela recobre alguna esperanza;» pero esa sonrisa se convierte en una lágrima en el instante en que me toma el pulso y fija una mirada en mi rostro, donde el dedo de la muerte ha impreso una huella fatal.

—¿Pero quien es capaz de asegurar el dia y la hora en que ha de morir una criatura? añadió el doctor haciendo un gesto de disgusto.

—El ojo práctico de un médico como usted se equivoca pocas veces.

—¡Bah! Los hombres somos vanidosos; creemos saber mucho y no sabemos nada; con frecuencia decimos: el pobre Fulano vivirá poco, tiene una constitucion débil que es imposible resista la crudeza de un invierno, y sin embargo, el mismo á quien se le echa encima esa

sentencia de muerte, vive y vive, y lo que es mas grave, acaba por engordar y morirse viejo. Solo Dios puede leer en lo porvenir; y desgraciadamente no se toma el trabajo de bajar á la tierra á contarles á los mortales lo que va á hacer.

La enferma se sonrió. Su hermoso semblante, lleno de unción y ternura, bañado en aquel momento por un rayo de sol, tenia algo de la triste expresion con que nos pintan los grandes artistas á la sublime madre del Nazareno sentada al pié de la cruz.

—Querido doctor, volvió á decir Ángela, dejando aparte el mas ó menos largo plazo que me queda de vida, creo llegado el momento de decirle como otras veces que usted es el único hombre que me inspira confianza, porque nadie como usted conoce el origen de mis lágrimas y la causa de mis amarguras. Yo he guardado por espacio de diez y nueve años un secreto, que en la hora de la muerte quema mi corazón, para que el hombre que tanto me ha hecho padecer comprenda un dia la sublimidad de mi dolor, el inmenso sacrificio de mi silencio. Ese secreto no asomará á mis labios, conmigo bajaré á la tumba.

La enferma se detuvo, enjugóse las lágrimas que corrían con abundancia por sus mejillas, respiró con fatiga y dirigiendo una mirada recelosa hácia la puerta, volvió á decir:

—Usted lo sabe bien; yo no he sido en este mundo otra cosa que una mártir; quiero pues no desmentir mi resignacion, quiero apurar el martirio hasta mi última

hora, pero si el hombre por quien tanto he sufrido no siente dentro de su pecho la voz de la naturaleza, si no se porta como cumple á un caballero, entonces...

La enferma se pasó varias veces la mano por la frente y poniéndola luego sobre el corazon como si sintiera un profundo dolor, añadió:

—Pero no, no es posible, en cuanto lea mi carta, el grito de la conciencia le aconsejará desde el fondo de su alma, que repare sus pasadas injusticias.

—Veo que confía usted mucho en la bondad de los hombres, repuso el doctor, y los hombres son por desgracia bastante egoistas y desnaturalizados.

—En ese caso, volvió á decir la enferma con una energía que estaba en abierta oposicion con la debilidad de su cuerpo, en ese caso, usted que me ama como un padre, usted que tan bueno ha sido siempre para conmigo, le obligará á que cumpla con los sagrados deberes que por desgracia olvida, poniendo en sus manos las poderosas armas que han de servirle para defender los derechos de mi hijo.

—Entonces ¿por qué no empezamos atacando al enemigo de frente? Ese es mejor sistema.

—Porque no he perdido aun la esperanza de que el remordimiento brote en su corazon; hoy mismo le he escrito una carta y espero que al leerla volverá los ojos hácia nosotros.

El médico agitó la cabeza en señal de duda, y sonriéndose amargamente, dijo:

—Nunca es tarde para el arrepentimiento; allá veremos.

—¡Ah, si él conociera á Daniel!...

Esta exclamacion brotó del fondo del alma de la pobre enferma. ¡Pero qué madre al hablar de su hijo no presta á sus palabras la elocuencia de una ternura infinita!

El doctor Samuel dirigió una mirada llena de interés á doña Ángela y dijo:

—Yo creo, señora, que debemos ponernos en el peor caso; supongamos que el general no contesta á la carta.

—¡Pero le he dicho que me muero! y él sabe que nada le pido para mí... ¡Oh, seria una crueldad!

—Seria mas, señora, seria una infamia; pero demos por sentado que guarda un silencio profundo.

Ángela inclinó dolorosamente la cabeza sobre el pecho y cerró poco á poco los ojos.

Al verla tan pálida y tan inmóvil, se le hubiera tenido por una muerta, á no escaparse de vez en cuando un débil suspiro de su enfermo pecho.

El doctor continuó de este modo:

—Es preciso, pues, estar preparados para el último golpe; es preciso que convengamos la marcha que debemos seguir; usted, señora, ha echado sobre mí una responsabilidad demasiado grave, y aunque yo la acepto con gusto, no olvido que soy un viejo que va encorvándose sobre la tierra en busca de su sepultura.

—Sí, sí, dice usted bien; debemos hablar, aprovechar los momentos, convenirlo todo, porque tal vez mañana será tarde.

Ángela respiró con marcadas muestras de fatiga, y reposó despues de tomar algunas fuerzas:

—Tenga usted la bondad de cerrar la puerta; mi hijo no tardará y no quisiera amargar su corazón revelándole lo que ignora.

El doctor Samuel se dirigió hacia la puerta y la cerró, y luego fué á sentarse junto al sillón que ocupaba la enferma.

Doña Ángela sacó una pequeña llave del bolsillo, y alargándosela al médico, dijo:

—Esta llave es la del cofrecillo de ébano que encierra todos los preciosos documentos que poseo, y que de tan gran utilidad serán algún día para mi hijo; yo se la entrego á usted, persuadida de que al aceptar el sagrado depósito sabrá cumplir con su deber: ese cofrecillo, del que usted se apoderará tan pronto como yo deje de existir, constituye la fortuna de mi hijo. He escrito además dos cartas que entregaré á Daniel, la una para el general, la otra para un hombre que ocupa hoy una elevada posición en Madrid y que está enlazado con una parte de la historia de mi juventud. Si esas cartas no dieran resultado alguno, entonces usted entregará el cofrecillo á Daniel y que Dios le ilumine; pero si el general le abre sus brazos, si le hace olvidar con su cariño el que le tuvo su madre, si usted vé á mi hijo feliz y venturoso, ostentando con orgullo un apellido que hoy no lleva, entonces consumirá el fuego todos los documentos que encierra el cofrecillo. Eso es lo que de usted espero, querido doctor, y el corazón me dice que ponga en usted mi confianza.

—Por mi parte puede usted tener la completa seguri-

dad de que cumpliré con exactitud su encargo; pero si el general, desoyendo el grito de la conciencia y la voz de la naturaleza, cierra las puertas de su casa y de su corazón á Daniel, entonces el muchacho y yo nos entenderemos para que brille con todo su esplendor el sol de la justicia.

En este momento se oyeron unos golpes en la puerta y una voz jóven, fresca, varonil, que decia:

—Soy yo, madre mia, yo, que traigo una buena nueva.

—Es mi hijo, doctor, exclamó Ángela.

Samuel se dirigió á la puerta y la abrió.

—¡Ah! estaba usted aquí, querido doctor, dijo un jóven que apenas contaria diez y nueve años, y en cuyo hermoso semblante brillaba con todo su esplendor la frescura de la juventud; ¿no es verdad, madre mia, que el señor Samuel es un buen amigo nuestro?

La enferma dirigió al jóven una de esas miradas que no brotan nunca mas que de los ojos de una madre, y estendiendo los brazos como para recibir al hijo de sus entrañas, le dijo con ternura:

—Cuánto has tardado esta tarde, ven; dame un beso.

Daniel, pues este era el nombre del jóven, abrazó cariñosamente á la enferma, y colocando un taburete junto á sus piés se sentó cogiéndole una mano y dijo:

—Es que esta tarde, madre mia, he tenido que hacer un viaje.

—¡Tú! ¿Y á dónde has ido? le preguntó la enferma, acariciando con una mano los hermosos cabellos del jóven.

—He ido al monte en busca de...

Daniel se detuvo, fijó sus claros ojos con cierta turbación en el médico y añadió:

—Señor Samuel, como usted me ha dicho muchas veces que me quería como á un hijo, espero que me perdonará lo que he hecho esta tarde.

—¡Oh! acaba, por Dios, me tienes impaciente.

—No hablaré hasta que sepa que el doctor me perdona.

—Pues bien, hombre, te perdono y sácanos pronto de penas, dijo á su vez Samuel riéndose.

—Yo veo, madre mia, que estás muy enferma; quisiera devolverte la salud y las fuerzas, aunque para ello tuviera que dar la mitad de la sangre que circula por mis venas; muchas veces el señor Samuel y yo hablamos de tí, y á los dos nos aflige tu inapetencia, y el estado de postracion en que te hallas.

—Pero, ¿á qué viene todo eso? repuso doña Ángela con dulzura; te apartas de un modo sensible de la cuestion.

—No lo creas, porque lo que acabo de decirte no es otra cosa sino una pequeña introduccion de lo que me queda aun que contar; pero ya que el doctor me ha perdonado anticipadamente, voy á emplear muy pocas palabras para satisfacer la curiosidad de ustedes. Yo sé que estás muy enferma, veo que la estacion de las heladas se nos vá á echar encima muy en breve, el frio no puede sentarte bien y es de todo punto indispensable que te restablezcas antes que caigan las primeras nieves sobre estos cerros que nos circundan.

—¿Sabes, querido Daniel, añadió el doctor, que ya estoy impaciente por saber á donde vá á conducirnos tu oratoria?

—Voy á entrar de lleno en la cuestion. Al salir esta tarde de casa encontré al hijo del boticario montado en su caballo y con la escopeta á la grupa: empezamos á hablar y me dijo que se iba al monte, donde lo esperaban unos señores de Madrid, entre los cuales se hallaba un famoso médico. Al oír esto me acordé que mi madre estaba muy enferma y dije á mi amigo: «Llévame contigo, quiero ver á ese médico, quiero suplicarle que me conceda media hora para que vea á mi madre;» monté á la grupa y salimos del pueblo. He visto á ese caballero y me ha ofrecido que esta noche vendrá á visitarte.

—Eres un aturdido, Daniel, yo tengo mi médico y me inspira una completa confianza.

—Daniel ha hecho lo que debia, dijo á su vez el doctor, yo no puedo ofenderme porque otro facultativo tenga una consulta conmigo; ¡quién sabe si verá él en este caso lo que yo no he visto!

—Dice bien el doctor; cuatro ojos ven mas que dos, un hombre de ciencia no debe ni asustarse ni ofenderse porque otro hombre de su facultad consulte con él un caso grave. ¿No es verdad doctor?

—Sí, Daniel, sí, y yo estoy muy contento de que me proporciones consultar con un compañero distinguido; pero, ¿no sabes el nombre de ese médico?

—En verdad que no me acordé de preguntárselo á mi amigo.

—No importa, nada se pierde con que vea á la enferma y echemos luego un párrafo, pero la noche se acerca y yo no he hecho aun la visita de la tarde; voy, pues, con el permiso de ustedes, á cumplir con mi deber y volveré dentro de un par de horas, mas si viene antes el médico madrileño, espero que Daniel se tome el trabajo de buscarme; el pueblo no es muy grande y no le será difícil el dar conmigo.

Samuel cogió el baston y el sombrero que se hallaban sobre una mesa y salió de la sala.

CAPÍTULO III.

Cuerpo de hombre y alma de niño.

Ángela y Daniel se quedaron solos.

El día comenzaba á declinar. Las suaves y poéticas tintas del crepúsculo se estendian por la tierra embelleciendo el despejado horizonte.

El semblante de la enferma iba adquiriendo poco á poco una espresion mas dulce, mas moribunda, si se nos permite la frase.

Diríase que en aquel vaso humano se iba estinguendo la vida á manera que el astro vivificador inclinaba su radiosa frente hácia el ocaso.

Daniel estaba sentado á los piés de su madre y la tenia las manos cogidas: ambos se miraban con esa cariñosa espresion del amor santo y puro que sentian en sus almas.

Aquella mujer en cuya pálida frente iba en breve á escribirse la última palabra de la vida, y aquel jóven lleno de juventud y de lozanía, formaban un grupo encantador.

—¿Crees, madre mia, que se habrá ofendido el doctor Samuel? preguntó el jóven acariciando las manos de la enferma.

—No lo creo, porque él mismo, hace tres dias, me propuso que llamara á un médico de Guadalajara.

—¿Pero tú no quisiste?

—¿Para qué?—repuso la enferma haciendo un movimiento de ojos que demostraba la poca esperanza que tenia de restablecerse.

Y colocando una mano sobre la cabeza de su hijo, añadió sonriéndose con infinita dulzura:

—Querido Daniel, desgraciadamente no somos bastante ricos para gastar el tiempo y el dinero en consultas de médicos.

—Tú eres antes que todo; es verdad que somos pobres, pero no tanto que no podamos hacer un sacrificio y pagar una consulta.

—No, hijo mio, no, ese sacrificio seria inútil.

—Sin embargo, ¿quién sabe? los médicos suelen equivocarse algunas veces.

—Mi enfermedad es clara; el doctor Samuel no tiene la menor duda sobre ella ni desconoce el modo de tratarla; puedes estar tranquilo, hijo mio.

—Ya sé que el doctor Samuel es un sábio, pero yo quiero verte pronto buena; hace dos meses que tu vida se reduce á pasar las horas muertas sentada en ese sillón y con los ojos dolorosamente fijos en el horizonte que se distingue por el hueco de esa ventana. No parece sino que por aquel camino, que como una blanca culebra bordea la falda del monte, ha de aparecer mi padre, que hace tantos años esperamos inútilmente.

Daniel hablaba con una ingenuidad, con una senci-

llez verdaderamente primitiva: era un alma candorosa que espresaba sus sentimientos sin ocuparse del efecto que producian ni de la forma que empleaba.

Ángela, con la mirada fija en su hijo y los ojos llenos de lágrimas, creia escuchar la voz de un ángel que le recordaba la ingratitud de aquellos que tanto daño le habian causado.

—Dime, Daniel, ¿piensas mucho en tu padre? ¿Te acuerdas de él? ¿Deseas verle?

El jóven se encogió de hombros y contestó con naturalidad:

—Pienso en él alguna que otra vez, pero mi corazon está tan lleno del amor que te profeso, que aunque algun dia venga á reunirse con nosotros yo siempre te amaré á tí mas que á todos los del mundo.

—Sin embargo, si él se presentara, si abriéndote sus brazos te estrechara contra su corazon, si él te dijera: hijo mio, yo me he privado del placer de verte por espacio de muchos años, porque la fatalidad ha colocado entre los dos una valla insuperable, ¡oh! si eso sucediera, forzoso seria que le amases.

—Pues bien, por qué no viene?

Esta pregunta tan sencilla, como si hubiese brotado de los labios de un niño de seis años, esta pregunta que para aquella madre encerraba un poema de amargas reconvencciones, penetró en su alma como la acerada punta de una espada.

Pero el corazon de Ángela, que nunca habia abrigado ni ódio ni rencor, el noble corazon de la infeliz enferma,

siempre dispuesto á la clemencia y al perdon, se complacía en disipar las dudas que de vez en cuando se albergaban en la sencilla é inocente alma de su hijo.

—No le reconvengas, Daniel,—volvió á decir con un acento que parecia un gemido,—es tu padre, y si bien pasan los años y los años sin que tengamos la inmensa dicha de verle entrar por nuestras puertas, si hoy se halla separado de nosotros, culpa es de la fatalidad y no de la falta de cariño.

—¡Oh! ¡Yo no he visto nunca á mi padre! Yo no le conozco, y es muy triste en verdad, madre mia, vivir con una esperanza que no se realiza jamás.

Nada hay tan terriblemente cruel en ciertas ocasiones de la vida como la palabra candorosa de la inocencia.

¡Cuántas veces la pregunta de un niño rompe en pedazos el corazón de la madre! ¡Cuántas veces una palabra inocente levanta en el fondo de nuestra alma el eco abrumador del remordimiento!

Daniel, educado por una madre modelo de amor y de ternura, por una madre que se habia gozado en perfeccionar la pureza de su alma hasta lo infinito, desconocia por completo el fingimiento y la hipocresia.

Ángela habia sido tan desgraciada, era tan triste la soledad de su existencia, que hambrienta de amor, puso todo su pensamiento en su hijo, y así como un escultor de genio se enamora de la estatua que poco á poco va saliendo de los puntos de su cincel y la toca, y la cuida y la acaricia, y cuanto mas la perfecciona mas y mas

desea embellecerla, así aquella pobre madre, temiendo perder el cariño del hijo de su corazón, se gozaba en su triste soledad en inculcar en el alma de aquel joven todo lo bello, todo lo noble, todo lo grande que Dios concede á la inteligencia de la criatura.

Daniel habia cumplido los diez y ocho años. Nunca se habia separado de su madre; para él, el mundo se reducía á su modesta casa y á la pequeña huerta que cultivaba con ayuda de un criado viejo en sus ratos de ocio.

Ángela, como la purísima esposa de José, habia educado á su hijo sin pensar que los hombres pudiesen algun dia hacerle pedazos el corazón.

—Los jóvenes como tú,—añadió la madre bastante preocupada con las inocentes preguntas de su hijo,—no deben perder jamás ni la fe que da fuerza y vigor al espíritu, ni la esperanza, que es la hermosa flor que lo perfuma y embellece todo; tu padre vendrá, yo te lo aseguro.

—Madre mia, desde que aprendí á pronunciar tu dulce nombre, desde que en mis oídos las palabras tuvieron una esplicacion razonable, me estás diciendo siempre lo mismo: «Tu padre vendrá;» hé aquí un poema del que solamente he podido leer el título. Algunas veces, cuando me hallo trabajando en nuestra pequeña huerta al lado del viejo Tomás, y veo venir por la carretera algun carruaje en direccion al pueblo, me digo: ¿si vendrá allí mi padre? pero el coche continúa su camino, y los dias, los meses y los años trascurren sin que sienta sobre mi frente el suave calor del beso paternal, que penetrando en el alma, perfuma la existencia de los hijos.

—Una lágrima asomó á los ojos de Daniel, aquella lágrima era tal vez la última esperanza que se escapaba de su alma juvenil. La pobre enferma cogió entre sus débiles manos la cabeza de su hijo y le besó con maternal ternura.

—Escucha, Daniel,—añadió la madre con temblorosa voz:—yo ignoro el porvenir que el destino te reserva... mi salud se halla bastante quebrantada y una madre debe pensar en todo... la vida, frágil como el cristal, se rompe al menor golpe... cuando el soplo de la muerte cierre mis párpados, cuando la última chispa del fuego vital se escape de mi cuerpo, tú, hijo de mi alma, te quedarás solo en el mundo, porque yo ignoro en este momento el paradero de tu padre...

Ángela se detuvo para enjugar las lágrimas que rodaban por sus pálidas mejillas. La fatiga de la enferma era grande y aumentaba á cada minuto que trascurría.

—Aunque mis palabras te aflijan,—repuso,—yo debo darte algunas instrucciones antes de morir.

—¡Morir! ¡Morir tú! ¡Ah! no pienses en eso... ¿qué va á ser de mí si tú te mueres?—esclamó el jóven cubriendo de besos las manos de su madre.

—Escucha, Daniel, y no me interrumpas,—volvió á decir Ángela vivamente agitada:—después de mi muerte encontrarás en el pequeño cajon de la mesa de noche de mi alcoba dos cartas... en ellas te recomiendo á dos antiguos amigos que tal vez puedan serte de gran utilidad. No olvides que yo espero mucho de esas cartas; que siento en el fondo de mi alma una voz que me dice:

¡ellas salvarán á tu hijo! Quiero, pues, que las entregues á las personas cuyo nombre y domicilio se halla consignado en el sobre-escrito... viven en Madrid y no te será difícil encontrarlas... Si por desgracia no surtieran el efecto que yo espero, entonces volverás al pueblo á participarle al doctor Samuel el resultado de tu entrevista con esos señores: júrame que cumplirás exactamente mi última voluntad.

—Lo juro, madre mia; haré todo cuanto acabas de indicarme, pero te suplico que no hablemos de muerte, porque me disgusta y me aflige que pienses en morir. Esta noche vendrá á verte el médico de Madrid, y entre él y nuestro querido y buen doctor, verás como encuentran el remedio que ha de devolverte la salud y la fuerza.

Ángela, que no queria affigir á su hijo, aunque no ignoraba que su curacion era imposible, procuró disimular la honda pena de su pecho, y haciendo un esfuerzo, dijo sonriéndose:

—Sí, dices bien, tal vez tengas razon; no hablemos ni nos ocupemos mas de la muerte; ella vendrá por su presa cuando le plazca.

Pero como si en aquel momento la naturaleza padecida de la enferma quisiera desmentir sus palabras, Daniel notó que los ojos de su madre se empañaban, que su débil cuerpo se estremecía y que las manos heladas y rígidas caian sin fuerza sobre las rodillas. Un sudor copioso, asomaba á su frente, y un gemido débil, agonizante, se escapaba de su pecho.

—¡Madre! ¡Madre!—gritó Daniel levantándose y cogiendo la hermosa cabeza de aquella mártir.

Ángela no respondió, pero sus ojos, casi sin luz, se fijaron de una manera indescriptible en su hijo; sus labios se entreabrieron y agitaron con un movimiento nervioso; quiso hablar, pero las palabras se ahogaron en su garganta.

Daniel lanzó un grito; su sonrosado y fresco semblante palideció como si el soplo de la muerte, que se escapaba de la boca de su madre, hubiera impreso en él sus lívidas tintas.

—¡Tomás! ¡Mónica! ¡Socorro! ¡Mi madre se muere!

En este momento, el último rayo del sol de la tarde se hundía en el ocaso.

CAPÍTULO IV.

La ciencia y la naturaleza.

Hay momentos en la vida en que un minuto tiene la duracion de un siglo. Daniel, abrazado á la enferma, cubriendo de besos su semblante, sobresaltado el espíritu y lleno el corazon de pena, dirigia hácia la puerta una mirada anhelante como si por ella esperara la salvacion de su madre.

Por fin se presentaron en la habitacion Tomás y Mónica; ésta traia una lámpara encendida que colocó sobre la mesa, y Tomás se acercó, todo lo de prisa que sus viejas piernas le permitieron, á la enferma.

—Ya lo veis,—les dijo Daniel con desconsolado acento, —mi madre se ha puesto muy mala, la llamo y no me responde, pero su corazon late, lo siento agitarse débilmente debajo de mi mano; ¡corre, Tomás! ¡corre en busca del doctor Samuel, haz un esfuerzo para traerle aquí, si te es posible antes de un minuto!

Tomás salió precipitadamente de la habitacion. Mientras tanto Mónica se habia acercado á su ama y se enjugaba las lágrimas con las puntas del delantal.

—Pero, ¿qué haces ahí, Mónica? pareces una estatua, —esclamó Daniel.

—¡Dios mio! ¿qué quiere usted que haga, señorito?— contestó la pobre vieja con una voz entrecortada por los sollozos;—yo creo que al mismo tiempo que al médico, debíamos llamar al cura, porque me parece que la pobrecita señora está muy enferma.

—Sí, dices bien, pero antes tráeme la botellita de éter que está en la alcoba.

Mónica obedeció al instante, y Daniel, con amorosa y filial solicitud, hizo aspirar á su madre la esencia vivificadora del éter.

Poco á poco fueron abriéndose los cerrados párpados de Ángela. Su fisonomía cadavérica adquirió una ráfaga de vida, y un suspiro débil y fatigoso se escapó de sus labios.

—¡Ah! ¡Bendito sea Dios, que me devuelve á mi madre!—esclamó Daniel cayendo arrodillado á los piés de aquella mártir.

Ángela fijó una mirada dolorosa en su hijo, y estas palabras, apenas inteligibles por la debilidad de la entonacion, salieron de sus labios.

—¡Hijo de mi alma! Creí no volverte á ver mas.

—Esto no ha sido nada, madre mia, un vahido. ¡Estás tan débil!

—Yo lo creo,—dijo á su vez Mónica,—cuando no se come, cuando no se hace un esfuerzo para tener un poco de calor en el estómago, es natural que suceda eso.

Daniel, que no cesaba de acariciar á su madre y diri-

gir miradas al mismo tiempo á la puerta, repitió con marcadas muestras de impaciencia:

—Pero, Dios mio, ¿cómo tarda tanto el doctor Samuel?

—Pero, si Tomás acaba de salir en su busca,—dijo Mónica.

—¡Ah! si hubiera ido yo, ya estaria aquí; corre, Mónica, corre y llama á Bonifacio; no sé como antes no me he acordado de él.

—Estoy aquí, señorito, estoy aquí,—dijo un hombre entrando en la habitacion precipitadamente.

El recién venido no era otro que Bonifacio, á quien nuestros lectores conocieron en las primeras páginas de la presente historia.

—Escucha, Bonifacio,—le dijo Daniel con acento suplicante,—tú eres un hombre fuerte y nadie te aventaja á correr en el pueblo; mi pobre madre se ha puesto muy mala y necesito que inmediatamente me traigas al doctor Samuel; corre, vuela si es preciso y no pierdas el tiempo.

—Si al señorito le es igual un médico que otro,—contestó Bonifacio dirigiendo una mirada oblicua á la enferma,—no tendré necesidad de salir de casa para buscarle.

—¡Cómo!

—Lo digo porque en el portal está esperando un señor que dice que es médico...

—¡Ah! ya sé,—esclamó con alegría Daniel,—¿lo oyes, madre mia? Ese caballero que está esperando es el mé-

dico que he ido á buscar al monte. ¡Un médico de Madrid que dicen que ha hecho curas maravillosas! ¡Oh! ¡si te devolviera la salud! Que pase, que pase inmediatamente.

Bonifacio salió corriendo.

—Daniel, despues de dar un beso apasionado en la frente de su madre, se dirigió hácia la puerta á recibir al facultativo.

En este momento, el médico de Madrid, á quien llamaremos el doctor Mendez, se presentó en la habitación.

—Caballero,—le dijo Daniel precipitadamente,—ahí tiene usted á mi pobre madre.

Y bajando la voz, le cogió cariñosamente una mano y añadió:

—Si usted la salva, mi gratitud será eterna, pídamela usted la vida si es necesario con tal de que se conserve la suya.

El doctor Mendez era un hombre de cuarenta años, de rostro sereno y grave, y el traje de campo que vestía daba á sus pronunciadas facciones un carácter franco que inspiraba confianza. Despues de saludar con un movimiento de cabeza al jóven que con tanto interés le recomendaba á su madre, avanzó hasta colocarse junto á la enferma y fijó en ella una de esas miradas escrutadoras que solo poseen los hombres de talento.

—Todos rodearon al médico y á la enferma.

—¿Seria difícil que viniera el facultativo de cabecera?—preguntó con grave y serena entonacion el doctor Mendez.

—He mandado que le busquen y creo que no puede tardar; en un pueblo pequeño se encuentra con facilidad al médico,—contestó Daniel.

—Entonces esperaré, pues no tengo ninguna prisa; necesito ponerme de acuerdo con el médico que la asiste para que me explique científicamente ciertos antecedentes de la enfermedad.

Y tomando una entonación más cariñosa, añadió:

—Sin embargo, no es prudente perder el tiempo, ¿me permite usted que le tome el pulso, señora?

Ángela alargó el brazo dirigiendo al facultativo una sonrisa y una mirada en donde el ilustre fisonomista Labruyere hubiera visto la muerte de la esperanza.

El doctor Mendez pulsó á la enferma reconociéndole con extrema delicadeza el pecho.

—¿Tiene usted con frecuencia ataques de asfixia?—le preguntó.

—Sí, señor, con bastante frecuencia...

—¿Y la molestan á usted, no es verdad?

—¡Oh! sí, mucho... hay veces que creo que voy á ahogarme; sufro lo que no es decible.

—¿Tiene usted inapetencia, debilidad extrema?

—Sí, señor, sí, señor, tengo todo eso.

Durante estas sencillas preguntas el médico no cesó de mirar á la enferma.

—¿El timbre de la voz que tiene usted hoy, es el mismo que cuando se sentía buena, ó ha perdido algo de su fuerza y robustez?—volvió á preguntar el doctor Mendez.

—Mi voz no es conocida, la he perdido completamen-

te; apenas tengo fuerza para emitir las palabras, cuando antes...

Doña Ángela no pudo continuar. Una fatiga que levantaba su pecho, escaso de aire, cortó las palabras en su garganta.

—No se fatigue usted, señora, ya he dicho que no tengo prisa: además, su hijo de usted puede contestar á las preguntas que aun me quedan que hacer.

—Dice bien el señor doctor, tú te cansas mucho; yo hablaré por tí.

—Como ustedes quieran,—repuso la enferma sonriéndose de un modo que daba pena.

—¿Hace mucho tiempo,—volvió á preguntar el doctor Mendez,—que su madre de usted se siente molestada por el padecimiento que hoy la aqueja?

—Hará aproximadamente cuatro años.

—Y durante ese tiempo habrá pasado algunas temporadas en la cama, ¿no es verdad?

—Sí, señor, muchas.

—¿Hará poco ejercicio?

—Ninguno absolutamente.

—Eso ha sido un mal.

—¿Lo oyes, madre mia?—añadió Daniel dirigiendo la palabra á la enferma,—ya te lo decia yo; pero tú empeñada en no hacer caso, en no salir á paseo y pasarte los dias y las noches llorando; esto no podia tener buen resultado.

Aquí llegaba el diálogo de nuestros interlocutores cuando aparecieron en la sala el doctor Samuel y el

viejo Tomás, que tuvo que apoyarse en una silla para no caerse.

—Aquí está el médico,—dijo Tomás con ahogado acento.

Y como si hubiera concluido su misión, se sentó en la silla y se puso á enjugarse la frente inundada de sudor.

—Supongo que este caballero será el facultativo de Madrid,—preguntó Samuel saludando.

—El mismo, y estoy á las órdenes de usted.

—¿Ha examinado usted á la enferma?

—Sí, en este momento; parece, según se me ha dicho, que ha tenido un ligero desmayo.

—Esos desmayos los padece con frecuencia; ¿quiere usted que hablemos dos palabras sobre la enfermedad de esta señora?

—Con mucho gusto,—contestó el doctor Mendez saludando las respetables canas de su compañero, á quien miraba con marcadas muestras de curiosidad desde el momento en que apareció en la sala.

—Mónica,—dijo el doctor Samuel con esa entonación propia de los dueños de la casa,—tenga usted la bondad de poner una luz en el cuarto del señorito.

Mónica encendió una bugía y salió.

—Samuel acercóse á doña Ángela, y tomándole el pulso la preguntó:

—¿Siente usted ahora mucha fatiga?

—Bastante, querido doctor,—contestó la enferma moviendo tristemente la cabeza.

—¿Y frío en las sienes?

—¡Oh! eso mucho; parece que me las oprimen con dos planchas de hielo.

—¿Y un gran peso en el pecho?

—Sí, un peso enorme, un peso abrumador que me ahoga.

Samuel dirigió una mirada de inteligencia al doctor Mendez y le dijo:

—Cuando usted guste, caballero.

—Estoy á las órdenes de usted.

Los dos facultativos se dirigieron hácia la puerta, y como Samuel advirtiera que Daniel se disponia á seguirles, añadió:

—Tú no eres médico, quédate á cuidar de tu madre.

Ángela, al verlos salir, se sonrió amargamente y dijo mirando á Daniel, que se habia quedado inmóvil junto á la puerta:

—Ven, hijo mio, déjalos y no te ofendas; lo que ellos van á hablar ya lo sé yo... todo es inútil.

Y Ángela dejó caer la frente sobre el pecho.

Daniel se sentó á los piés de su madre. Bonifacio y Tomás permanecieron inmóviles y silenciosos en uno de los ángulos de la sala.

Mientras tanto los dos médicos llegaron al cuarto de Daniel, y sentándose el uno enfrente del otro, el doctor Mendez sacó una elegante petaca de piel de Rusia y preguntó á su compañero:

—¿Fuma usted?

—Tomaré un cigarro de papel.

Mendez encendió un habano, y Samuel, sin duda para probar su modestia, se dió por satisfecho aplicando á la luz de la bugía el extremo de un cigarro de papel.

—¿Qué opina usted de mi pobre enferma?—preguntó Samuel.

—Creo que estaremos completamente de acuerdo; la enfermedad la creo altamente grave.

—Una pleuresía crónica, padecimiento de muerte,—añadió Samuel.

—Sobre todo cuando el enfermo se halla en un estado de postracion y debilidad extrema, como sucede á esa pobre señora,—repuso el doctor Mendez.

—Ya habrá usted observado que la asfixia crece por momentos, y los medios que aconseja la ciencia son impracticables en este caso. La pobre Ángela ha sufrido mucho, su corazon se halla hecho pedazos, su naturaleza destrozada; es una enferma en favor de la cual la ciencia no puede dar ni un solo paso; si tuviera mas vida, si el estado nervioso no se hallara tan escitado, yo intentaria la extraccion del líquido de las pleuras; pero no es posible que resista la operacion. Al poner en práctica ese recurso extremo, solo conseguiriamos adelantar algunas horas su muerte.

—Que está muy cercana,—contestó el doctor Mendez con acento seguro;—todos los síntomas me indican que vivirá muy poco esa pobre señora; solo debemos esperar de un momento á otro que la asfixia ponga término á su naturaleza padecida; creo pues inútil emplear nuevos

tratamientos. ¡Quién sabe si esta noche será la última de su vida!

—¡Ah! cuando un médico que ha encanecido en el estudio de la ciencia tiene vivo interés en salvar á un enfermo y vé avanzar á la implacable muerte burlándose de sus desvelos, es una cosa verdaderamente desesperadora. ¿De qué sirven entonces las noches de insomnio pasadas encima de los libros; los dias de vertiginoso afán pasados sobre un cadáver con el escalpelo en la mano?

—Ilustrado colega, nuestra profesion no es otra cosa que un sacerdocio penoso. Cuando el médico no encuentra naturaleza, pierde indudablemente la partida; Dios ha establecido una línea y le ha dicho á la ciencia: de aquí no pasarás; pero volviendo á nuestra pobre enferma, opino que no tenemos tiempo que perder y seria conveniente que la dispusieran; si el cuerpo se pierde, que se salve el alma, como decian nuestros padres.

—Temiendo como usted que esta noche nos diera un disgusto, yo mismo fuí á casa del párroco y le supliqué que viniera inmediatamente.

—Sí, sí, es lo mejor; nosotros solo podemos prestarle servicios ineficaces; es cosa perdida; pero voy á pedirle á usted un favor. No me gusta dar malas noticias á las familias de los enfermos; si comprendiera que aun quedaba alguna esperanza, permanecería junto á esa pobre señora toda la noche, pero desgraciadamente todo es inútil; así pues, le suplico que me dispense y dé mis excusas á ese jóven por haberme marchado sin despedirme de él.

Y el doctor Mendez, sacando una tarjeta de la cartera, se la entregó al doctor Samuel añadiendo:

—Si algun dia va usted á Madrid, tendria un verdadero placer en que almorzáramos juntos.

—Yo no puedo ofrecer á usted tarjetas porque desde que me retiré del mundo y vine á establecerme á este pueblo, donde espero terminar mis dias, no he dado ni un maravedí de ganancia á los litógrafos, pero si algun dia puedo serle útil en este pueblo, se me conoce bastante y todo el mundo sabe dónde vive el doctor Samuel Fuentes.

—¡El doctor Samuel Fuentes! Bien decia yo que no me era del todo desconocida esa cabeza; pero ¿cómo es posible que yo pudiera nunca imaginarme que uno de los hombres mas profundamente conocedores de la ciencia de curar, que uno de los primeros operadores de España, el ilustrado catedrático de clínica del Colegio de San Cárlos, se hallara vegetando en este villorio, donde indudablemente no se encuentran tres individuos que sepan apreciar lo que vale su médico.

—Caballero, agradezco los inmerecidos elogios que acaba de dirigirme.

—Pero, ¿no ha leído usted mi tarjeta? ¿No recuerda usted mi nombre? En ese caso lo siento con toda el alma, porque en otro tiempo, es decir, hace la friolera de veinte años, usted me demostraba una predileccion honrosa entre doscientos condiscípulos.

El doctor Samuel leyó entonces la tarjeta que tenia en la mano.

—Rogelio Mendez; ¡oh! sí, lo recuerdo perfectamente, usted era entonces el jóven mas aventajado de la clase.

—Y por mi aplicacion me puso usted el honroso apodo de la Perla de San Cárlos.

—¡Ah! ¡cómo pasa el tiempo!

—Demasiado de prisa, por desgracia, querido maestro, usted tenia entonces los cabellos negros y hoy blancos como la nieve; pero le estoy robando un tiempo precioso, y además me esperan mis compañeros de cacería para cenar; permítame usted, querido maestro, que le dé un abrazo; esto siempre refresca el corazon.

—Con el alma y con la vida, querido Rogelio.

Y el doctor Mendez y Samuel se abrazaron estrechamente.

—Mañana á la caida de la tarde,—añadió Mendez,—regresaré al pueblo para partir á Madrid y tendré el gusto de pasar á visitarle para despedirme.

—Y tomaremos juntos una taza de café y echaremos un párrafo de aquel tiempo en que usted era un niño y yo era un hombre.

Samuel acompañó á Mendez hasta la puerta. Luego se dirigió hácia la habitacion de la enferma.

Al llegar á la pequeña pieza que servia de antesala se encontró á Daniel, que, sentado en una silla, lloraba profundamente con el rostro oculto entre las manos.

—¿Por qué lloras, hijo mio?—le preguntó Samuel.

—El señor cura acaba de entrar en la sala de mi madre y ella me ha suplicado que me retire, que la deje sola: cuando los sacerdotes visitan á los enfermos es indudable que la enfermedad se agrava.

Y cambiando de tono, añadió con un arranque de verdadera desesperacion:

—Pero ¿es verdad que se muere? ¿Que no hay esperanza de salvarla? ¿Qué ha dicho el médico de Madrid?

—Ven, Daniel,—le dijo el doctor, cogiéndole cariñosamente por un brazo,—ven, hijo mio, pues ha llegado la hora de que sepas la terrible desgracia que te amenaza.

Daniel siguió maquinalmente al doctor.

CAPÍTULO V.

El ángel de la muerte.

¿Qué espíritu misterioso, qué fluido impalpable es el que se extiende por los ámbitos de una habitacion cuando el ángel de la muerte agita sus invisibles alas sobre el triste lecho de un moribundo; cuando un sér se halla en ese instante supremo, en ese gran paso que le abre las puertas de la eternidad?

Por empedernido, por seco que se halle un corazon, no puede menos de conmoverse al penetrar en una alcoba, oir la voz del sacerdote que recuerda la clemencia infinita de Dios, y escuchar el débil estertor de la agonía.

Aquella existencia que se estingue, aquel rostro cada-
vérico en cuyos hundidos ojos brilla la última chispa de la esperanza, nos hace pensar por un momento en lo desconocido.

El alma entonces se reconcentra, y el pensamiento, apartándose por un instante de la tierra, desea penetrar en las infinitas regiones de lo ignorado, donde la soberbia del hombre no ha podido leer aun la primera palabra de ese poema sin fin, de esa epopeya sublime que se llama muerte.

¡La muerte! Traidora enemiga de la vida, enlutada reina de los misterios de la eternidad, expiación silenciosa de la conciencia; ¡con qué terribles angustias, con qué mortales fatigas fijará en tu pálida y descarnada frente su última mirada el moribundo que siente el corazón despedazado por los remordimientos!

Solo las almas puras y sencillas te reciben con la sonrisa del justo en los labios, cuando, envuelta en tu blanco sudario, te posas sobre la cabecera de sus lechos para imprimir en sus bocas ese beso de hielo que roba al cuerpo el último soplo de vida.

Ángela acababa de cumplir los deberes de cristiana. Con la sonrisa del justo en los labios recibió la bendición del sacerdote que admiraba la resignación y la fe de aquella alma próxima á abandonar la impura materia.

—Ahora, padre mio,—dijo la enferma besando las manos del venerable sacerdote que acababa de bendecirla, —puede venir la muerte cuando quiera; dispuesta me hallaré para recibirla... Abandono este mundo donde tanto he sufrido con la conciencia tranquila... Á nadie he hecho daño, ni la mas pequeña nube empaña el triste horizonte de mi historia; perdono á todos los que me han hecho sufrir durante el paso doloroso del calvario de mi vida... la fe mas pura y la resignación mas grande acompañarán mi alma á la eternidad... Solo una pena me affige, solo un dolor me atormenta, ¡mi hijo! ¡mi querido Daniel!

—Señora,—dijo á su vez el sacerdote,—yo rogaré á Dios por Daniel, y Dios velará por el pobre huérfano. En este valle de amarguras y penalidades, todo debemos esperararlo de aquel que creó con una sola palabra la sublime armonía de los astros.

—Sí, sí, es verdad... Dios es grande... Dios es misericordioso, Dios es infinitamente bueno,—murmuró la enferma cruzando las manos con beatitud.

—El alma del cristiano no debe vacilar ni perder la fé en la última hora. El día de la recompensa llega siempre para el justo, porque Dios le tiene reservado un asiento en el banquete de los elegidos.

—¡Es verdad!... ¡es verdad!...—volvió á murmurar Ángela cerrando dulcemente los ojos.

—Ahora, doña Ángela, elevemos al cielo la oracion de la agonía,—repuso el sacerdote.

El padre de almas entró en la alcoba, y arrodillándose delante de un crucifijo, se puso á orar en voz baja. Ángela rezó tambien.

Esta oracion duró algunos minutos.

Luego volvió á salir el sacerdote y nuevamente bendijo á la enferma.

—Voy á abandonar á usted por unos instantes; volveré pronto para pasar aquí la noche,—dijo el sacerdote.

—¡Ah! Cuánto siento que se tome usted esa molestia,—repuso Ángela con fatigoso acento.

—El noble sacerdocio que ejerzo me impone el deber de acompañar á mis fieles en sus momentos de dolor y de amargura.

Ángela besó la mano del sacerdote y le suplicó al mismo tiempo dijera á Daniel que queria verle.

La enferma se quedó sola. La fatiga aumentaba por momentos. De vez en cuando sus pálidos labios se entreabrian para buscar anhelantes la cantidad de aire que hacia falta á sus pulmones.

Entonces se llevaba ambas manos al pecho y murmuraba con voz débil y dolorosa:

—¡Cuánto sufro! Esta agonía lenta que me consume tendrá pronto un término.

Y elevando los ojos al cielo volvía á repetir:

—Padre y Señor, rey infinito de todo lo creado, protege á mi hijo y condúcele por la senda del bien, por el camino de la virtud.

Ángela se quedó inmóvil; su rostro escesivamente pálido, el cerco oscuro que aprisionaba sus ojos imprimian á su cabeza el sello de la muerte. Su alma en este instante se elevaba al cielo, y su pensamiento, fijo en Dios, parecia implorar su misericordia infinita.

Daniel entró en la habitacion, y viendo á su madre presa de aquel éxtasis religioso, como si temiera interrumpirla en su plegaria, fué acercándose poco á poco y sin meter ruido hasta llegar al sillón. Una vez allí, se arrodilló, y cubriéndose el rostro con las manos, lloró amargamente.

Uno de los gemidos ahogados de Daniel hirió el delicado oído de la enferma.

—¿Quién está ahí?—preguntó.

—Soy yo, madre mia,—contestó Daniel andando de

rodillas hasta llegar al taburete que se hallaba á los piés de doña Ángela.

La enferma contempló con dulce arrobamiento á su hijo, y cogiendo luego con ambas manos la cabeza de aquel pedazo de sus entrañas que tanto amaba, inclinó poco á poco el rostro hasta que sus labios pálidos y frios tocaron los rojos y llenos de vida de Daniel, y dándole un beso, murmuró estas palabras:

—¡Dios mio! ¡Cuánto se ama á los hijos!

—Sí, las madres quieren mucho á los hijos,—esclamó Daniel cubriendo de besos el cadavérico rostro de la enferma,—pero los hijos no quieren menos á las madres, porque yo te amo mucho, madre mia, te amo tanto, que le he pedido á Dios que se acabe mi vida en el mismo instante que termine la tuya.

—¿Estás loco, Daniel? Tú eres jóven, y tal vez un porvenir risueño se abrirá ante tu paso.

—¡Ah! ¡madre de mi alma! Tú me dices todo eso para tranquilizarme, pero, ¿qué va á ser de mí cuando te mueras? ¿Por ventura los hijos encuentran en el mundo un amor mas puro que el de las madres? ¿Hay algo que pueda compararse con esa ternura infinita, con esos desvelos incesantes que nos prodigan esas pobres mártires que nos llevaron en sus entrañas? ¡Ah, madre mia! ¡Por qué he de perderte!

Y Daniel continuó llenando de besos y de lágrimas las manos y el rostro de la enferma.

La madre es el poema vivo de la ternura, la fuente inagotable del amor puro. Su vida no es otra cosa que

un afan incesante que la acompaña hasta la tumba.

La epopeya mas sublime de la humanidad se encierra en estas palabras: «Amor maternal.»

Una madre es la abnegacion infinita de todos los sacrificios, el bello ideal de la ternura, el heroismo del hogar doméstico.

La pérdida mas irreparable del hombre, es la muerte de aquella que le dió el sér.

Daniel, á pesar de su ignorancia del mundo, sentia en el fondo de su alma la gran desgracia que iba á sufrir.

Ángela, mientras tanto, al escuchar las sentidas exclamaciones de su hijo, no encontraba palabras con que demostrarle su amor, pero haciendo asomar á sus ojos el resto de ese fuego vital que aun quedaba en su cuerpo, miraba á su hijo con la tenacidad, con el ánsia del avaro que teme le roben su tesoro.

La naturaleza de Ángela estaba muerta, rota en pedazos; el reloj de su vida iba á depositar en la estrechidad el último grano. Ella veia á la muerte avanzar poco á poco apoderándose de su cuerpo. El aire apenas penetraba en sus pulmones, la asfixia aumentaba, y sentia que la sangre al pasar por el corazon encontraba obstáculos insuperables.

En aquel momento un antiguo reloj que se hallaba colocado en una de las paredes de la habitacion, dió ocho campanadas.

La enferma se sonrió de un modo triste, doloroso, con una de esas sonrisas que hacen llorar, que solo las formula la boca poco antes de morir; sonrisa fria, helada

como la muerte, sonrisa que parece reunir el resto de vida para enviarlo en un beso á la persona que se ama.

—¿Has oido la campana de ese reloj?—preguntó la enferma con una voz débil, vacilante y sin fuerza.

—Sí, madre mia, acaban de dar las ocho.

—¿Oyes ese tic, tac, seco y acompasado de la péndola?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque el reloj está marcando los últimos momentos de mi existencia... porque tu madre, hijo mio, no volverá á oír el eco de esa campana... porque me muero, Daniel de mi alma... porque vas á perderme... porque no volveré á verte mas...

La enferma dejó caer casi exánime la cabeza sobre el respaldo del sillón.

Daniel se puso en pié y fijó con espanto una mirada en su madre. La pobre Ángela se esforzó por sonreírse y dijo:

—Aun no... aun no... pero muy pronto...

Estas palabras resonaron en el cráneo de Daniel como un ruido extraño; lanzó un grito de dolor que espresaba toda la profunda pena de su alma y se arrojó sobre su madre diciendo con nervioso y desesperado acento:

—¡Yo no quiero que te mueras!

—Dios lo quiere... un beso, Daniel... un beso... ya no oigo el péndulo del reloj... ya no te veo... ¡ay!... qué frío... me ahogo... ¡Dios infinito!... ¡mi hijo... mi hijo!...

Los labios de Ángela se agitaron precipitadamente como si quisieran producir un millon de besos, sus pupilas casi sin luz titilaron dentro de las órbitas, y haciendo un esfuerzo supremo estendió las manos para

coger la cabeza de su hijo, pero aquellas manos cayeron como si fueran de plomo sobre los brazos del sillón.

El alma de aquella mártir acababa de abandonar el cuerpo.

Daniel besaba repetidas veces la boca de un cadáver.

De repente notó que el frío de la muerte helaba sus labios, puso una mano sobre la cabeza de su madre, y retirando un poco la suya, como para ver mejor, su cuerpo se estremeció cual si hubiera recibido un sacudimiento eléctrico.

—¡Muerta! ¡Muerta! pero no, no, es imposible; tal vez sea un desmayo; ¡doctor, doctor! ¡Mónica! ¡Tomás! ¡Bonifacio! ¡Acudid todos! gritó con desesperado acento corriendo hácia la puerta.

El doctor Samuel fué el primero que se presentó.

Los gritos y las lágrimas del jóven le hicieron comprender que habia sucedido alguna desgracia; corrió á donde estaba el cadáver de Ángela, y le bastó una mirada para cerciorarse de que el alma habia abandonado la materia.

—¡Hijo mio!—dijo el doctor Samuel con triste entonación,—¡ya no tienes madre, roguemos á Dios por su alma!

Daniel cayó desplomado junto al cadáver de Ángela y se abrazó á sus rodillas ocultando el rostro en aquel regazo que tantas veces le habia servido de refugio.

El doctor Samuel se arrodilló tambien. Dos lágrimas se desprendieron de sus ojos rodando por sus mejillas.

Mónica, Tomás y Bonifacio doblaron tambien sus rodillas para elevar á Dios la oración de los muertos.

CAPÍTULO VI.

El cofrecillo de ébano.

Trascurrió media hora.

El silencio abrumador de la muerte, solo interrumpido por los sollozos de Daniel, y el monótono y acompañado movimiento de la péndola, reinaba en la habitación.

Todos rezaban menos Bonifacio, que de vez en cuando levantaba la cabeza y dirigía miradas oblicuas hácia la alcoba.

En su semblante y en los ojos se pintaba la inquietud y la impaciencia. Había algo de desagradable y desconfiado en las fuertes líneas del vulgar y moreno rostro de aquel hombre.

Comprendíase que mas que en la muerte, pensaba en algo que debía hallarse dentro de la alcoba.

Bonifacio era uno de esos braceros del pueblo que no tienen casa fija; se ganaba un jornal do quier que le llamaban; era lo que se llama en el lenguaje familiar un temporero.

Á los veinte años sacó la bola negra, y como no te-

nía bienes de fortuna ni eximisiones de ningun género, como era huérfano y robusto además, tuvo que abandonar el pueblo para ir al servicio del rey.

Nadie lloró por Bonifacio, pero él, en cambio, se despidió de sus conocimientos sin pena y sin dolor.

Trascurrieron siete años, volvió al pueblo y alquiló una pequeña casa junto á la ermita; vistió el trage de paisano, y como no era rico para vivir en la holganza, se presentó en casa de doña Ángela á pedirle trabajo.

Doña Ángela era pobre: apenas poseia lo suficiente para vivir con una modestia verdaderamente espartana; pero como su corazon era rico en generosidad y en bellos sentimientos, compadecida de aquel pobre licenciado que le pedia casi con las lágrimas en los ojos que utilizara sus robustos brazos, le contestó:

—No tengo mas tierras que la pequeña huerta que cultiva el viejo Tomás, pero el pobre ha trabajado tanto, que muchas veces no puede ya cavar la tierra; si tú quieres tomarte á tu cargo cultivarla, eso no te hará rico, mas podrá al menos proporcionarte un pedazo de pan.

Bonifacio, puede decirse que desde este dia entró al servicio de la casa.

Doña Ángela se encontraba ya bastante enferma, y mas de una vez la anciana Mónica y el viejo Tomás, sus leales y antiguos servidores, habian observado que Bonifacio entraba y salia en las habitaciones sin motivo que lo disculpara, sorprendiéndole escuchando las conversaciones que la señora tenia con el doctor Samuel.

Á este vicio de la curiosidad no se le habia dado importancia; sin embargo, Mónica avisó á su ama, y ésta, que tenia un alma generosa y buena, creyó que todo aquello era un temor infundado, hijo de los celos que Bonifacio infundia á los pobres servidores.

Así las cosas, volvamos á la habitacion mortuoria.

El doctor fué el primero que se levantó, y acercándose á Daniel, le puso cariñosamente una mano sobre las espaldas, diciéndole:

—Levántate, hijo mio; es preciso que conduzcamos á su lecho á tu pobre madre.

El jóven obedeció maquinalmente. Era un autómeta que se movia por voluntad ajena.

El dolor aplanaba aquella naturaleza vigorosa y llena de vida.

Los ojos de Daniel se fijaron en el rostro de su madre, y exhalando un suspiro desde el fôndo de su alma, depositó un beso respetuoso en la frente de la muerta.

Luego fué á sentarse en un sofá que se hallaba colocado en la parte opuesta de la alcoba, y allí volvió á cubrirse el rostro con las manos y continuó llorando.

—Tengan ustedes la bondad de ayudarme,—repuso el médico dirigiendo la palabra á los criados,—y conduciremos á la cama el cadáver de la pobre doña Ángela.

Bonifacio y Tomás cogieron el demacrado cuerpo de su ama y le llevaron á la alcoba, colocándole sobre el lecho.

Mónica se quedó inmóvil y sollozando junto al sillón.

El doctor cubrió el cadáver con una colcha y encen-

dió la lámpara que se hallaba suspendida delante del crucifijo.

La alcoba fué iluminándose poco á poco hasta que una claridad ténue y grata se extendió por todos los ámbitos de aquella reducida pieza.

Bonifacio dirigió en derredor suyo una mirada es-
crutadora. Era indudable que aquel hombre buscaba algo y se aprovechaba de la luz para encontrarlo.

De repente, sus toscas facciones se conmovieron, un imperceptible estremecimiento agitó su cuerpo, y sus ojos pardos y poco espresivos se fijaron en un pequeño cofrecillo de ébano que se hallaba colocado sobre una de las rinconeras de la alcoba.

Era indudable que la vista de aquel pequeño mueble habia producido un gran efecto á Bonifacio, porque sus ojos se reanimaron hasta el punto de brillar como los del tigre que vé cerca de sus garras la presa que codicia.

Aunque el cofrecillo no tenia mas que un pié en cuadro de tamaño, Bonifacio comprendió que le seria imposible cogerle y guardarle en el bolsillo de su chaqueta, pues el médico y el viejo Tomás podrian aperebirse de ello.

En este momento, Samuel dirigió una mirada hácia el sitio donde se hallaba Bonifacio y sus ojos se fijaron en el cofrecillo que tanto le habia recomendado doña Ángela.

—Bonifacio, dame ese cofrecillo que está sobre la rinconera,—dijo el doctor;—ya me olvidaba de él.

Bonifacio hizo un movimiento de despecho, pero obedió bien á pesar suyo. Estaba indignado consigo mismo,

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS
FÁBULAS DE ESOPPO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

POR EDUARDO DE MIER.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas **60** entregas, repartiéndose gratis todas las que escadan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en foleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reuna las condiciones de una verdadera publicacion ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de **UN REAL** en toda España.

PRÓXIMA A PUBLICARSE.

LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

Á UN CUARTILLO de real la entrega.

Imp. de Ramirez y C.^ª